

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA: CRÍTICA, TEORÍA Y MÉTODO

Por José G. Guerrero

Historiador, Maestría en educación, director del Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas (INDIA).

*“Tuve la impresión de que él había leído todo,
que sabía todo...era un museo de literaturas”*

Jorge Luis Borges

Pedro Henríquez Ureña fue el más grande humanista de la República Dominicana. Nació en Santo Domingo el 29 de junio del 1884 y murió en Argentina el 11 de mayo de 1946: Su muerte fue considerada *histórica*, sentida en toda América (Troncoso 1946:17). Sus restos reposan desde 1981 en el Panteón de la Patria al lado de su madre Salomé Ureña.

Fue crítico, literato, filósofo, lingüista y, sobre todo, maestro de América. Participó en la creación de instituciones culturales y educativas, incluyendo la Facultad de Filosofía y Letras, antecedente de la actual Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, cuyo edificio lleva su nombre desde 1946. Sus libros tienen el reposado acento de la cátedra, aunque sus agotadoras obligaciones editoriales y docentes no le permitieron producir la obra literaria ansiada (Rodríguez Demorizi 1984:14, Troncoso 1946:20).

El contexto en que nació no está separado de su destino intelectual. Era hijo de Francisco Henríquez y Carvajal y de Salomé Ureña; hermano de Max y Camila y sobrino de Federico Henríquez y Carvajal, colaboradores activos de la Escuela Normal, la primera escuela moderna fundada por Eugenio María de Hostos, padre de la educación dominicana. Nació en la segunda casa que ocupó el Instituto de Señoritas de Salomé Ureña, en la calle Duarte esquina Luperón. En aquel entonces se vislumbraba como Presidente de la República el político y literato Francisco

Gregorio Billini, quien poco tiempo después de asumir el cargo renunció por presiones de Ulises Heureaux. La política como instrumento de interés particular clientelista constituye un factor del subdesarrollo cultural diagnosticado por Pedro Henríquez Ureña en 1928. A los tres años de edad preguntó a su madre sobre el significado de la palabra Patria, y a los seis aquélla intuyó que su hijo no sería militar ni político, sino pensador o escritor. Menéndez y Pelayo advirtió una educación intelectual desde la infancia y, para Chacón y Calvo, fue en su hogar de intelectuales donde adquirió su tradición literaria. No fue un aborto intelectual ni un fenómeno cultural inexplicable. Para Andrés L. Mateo (2002), Santo Domingo y su ambiente familiar constituyen la clave de su desarrollo cultural sin parangón.

Henríquez Ureña realizó estudios secundarios durante el gobierno de Heureaux y tenía 15 años cuando éste fue ajusticiado en 1899. En 1901 recibió el grado de bachiller en Ciencias y Letras en el Instituto Profesional de Santo Domingo y en ese mismo año salió con su padre hacia Nueva York donde perfeccionó el inglés. En 1905 publicó en Cuba su primer libro titulado *Ensayos críticos*. Para Américo Lugo, este libro lo convirtió, con apenas 21 años, en el más notable crítico dominicano (Rodríguez Demorizi 1984: 9). Vivió en México desde 1906, donde en 1914 se licenció en Derecho. En 1918-1919 obtuvo una maestría en Artes y un doctorado en Literatura en la Universidad de Minnesota, en Estados Unidos.

Vida y obra

En Pedro Henríquez Ureña no se sabe qué tuvo mayor peso si la vida o la obra. Cultivó su obra al precio de vivir en una especie de exilio -1905-1931 y 1933 hasta su muerte-, que lo convirtió en “materia errante” (Krause 2000:31, Mateo 2002:22). Los viajes son madre del conocimiento y escuela del desarrollo intelectual. Américo Lugo comparaba al autor con nuestra catedral: único, local y universal. En su última estancia en el país fue Superintendente de Enseñanza y miembro de la Academia Dominicana de la Historia. En 1932 dictó una conferencia en la Universidad de Santo Domingo, en la ciudad colonial, que constituyó el primer paso para el restablecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras. En 1913

había elaborado su programa con asignaturas y profesores. Los ejes transversales eran la historia universal y dominicana, historia de la lengua y de las literaturas antiguas y modernas; filología, geografía, filosofía, estética, ciencia y educación. Los profesores eran la crema y nata de la cosecha hostosiana: Manuel Machado, Tulio Certero, Federico Henríquez Carvajal, Andrés Montolío, Casimiro de Moya, Arturo Grullón, Aristides Fiallo Cabral, José Lamarche y Félix Evaristo Mejía. También en México fue precursor de facultades humanísticas y estudios científicos. Según Vicente Lombardo Toledano, a él se le debe la idea de la creación de la Escuela de Altos Estudios en 1910 que más tarde se convirtió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, hoy UNAM (Henríquez, S. 1993:47).

En la biografía del maestro escrita por Sonia Henríquez, la menor de sus hijas, se muestra cómo la vitalidad de su vida y de su obra es la clave de su originalidad y universalidad (1993). El impacto causado por su persona no era menor que el de su obra. ¿No afirmó Borges, uno de los autores más versado en la literatura universal, que Pedro Henríquez Ureña era la persona más cultivada, maestro de América, un museo de literaturas, que detrás y en torno a las ideas había un hombre y su realidad, el inmediato magisterio de una presencia? (1959, en Henríquez 2001:IX-X).

Pero, no todo era estudio e intelecto. Compartió su vida con los afanes de la sobrevivencia, el trabajo, los viajes y hasta la bohemia. La identidad intelectual la alcanzó, según Laura Febres, en México en 1907, cuando él mismo afirma: “es cierto que en el último año me he sentido definir interiormente y que este proceso se ha acelerado grandemente desde la entrada del nuevo año” (2003:1). En carta a Leonor Feltz dijo: “Mi vida es otra. La adolescencia exclusiva en el culto de lo intelectual desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa. Antes, todas las horas de estudio, ahora sólo los días alciónicos” (2001:51). Algo o mucho quedó en su obra de aquella *bohemia feroz* que según Alfonso Reyes padecía desde 1907. En el otoño de 1940, Pedro Henríquez Ureña fue invitado por la Universidad de Harvard a dictar varias conferencias tituladas *Plenitud de España*, recogidas luego

en el volumen *Literary currents in Hispanic America* en 1945. Fue la primera persona de habla no inglesa en ocupar la cátedra Charles Eliot Norton en esa universidad (Krause 2000:60). Allí se encontró con el entonces estudiante cubano José Rodríguez Feo, quien en 1973 hizo el prólogo y la selección de textos de la edición cubana de los ensayos del maestro. Después de conversar con algunos estudiantes y amigos, don Pedro le tomó del brazo y le pidió ir a un lugar tranquilo para conversar. Fueron a una taberna donde estudiantes cantaban alegremente: “A Pedro no le pareció un lugar tranquilo, pero dijo sonriendo que le agradaba estar entre gente joven” (1990:VII-VIII).

Pedro Henríquez Ureña estudió temas y obras de grandes pensadores del arte, la literatura, la ciencia y la filosofía. Era un curioso observador de todo lo humano por más humilde que fuese. Según Pedro Troncoso Sánchez, cualquier situación de la vida diaria le arrancaba meditaciones filosóficas, psicológicas, antropológicas y sociológicas; como investigador inquieto buscaba la explicación última de las cosas (1946:20).

Teoría y método

¿Cuál es el secreto de la permanente actualidad de su obra? La variedad temática, pero sobre todo, el rigor del método y la teoría de su crítica.

Su método implica una síntesis de investigación y exposición. Según Andrés Avelino, el autor mostró capacidad de síntesis, dominio del mundo de los valores, intuición filosófica y conocimiento de las corrientes filosóficas (1946:89-90). Para Rodríguez Feo, el rigor de su método enseñaba el arte y la ciencia de la lectura: “Me hizo comprender que la lectura es un arte que requiere paciencia y dedicación, el único vicio justificado en el hombre” (1990:X). Era tan riguroso que no daba una línea a la imprenta sin estar absolutamente seguro de la exactitud de sus datos. Así su obra crítica mereció respeto desde el inicio. Para Borges, con su método indirecto, abreviado y ejemplar enseñaba una manera de tratar las cosas, un estilo genérico para enfrentar el incesante y variado universo. Su erudición ilimitada era

un medio, no un fin (en Henríquez 2001:VII; Henríquez, S. 1993:113). Según Flérida de Nolasco, decía mucho en pocas palabras, condensaba el pensamiento sin hacerse oscuro y evitaba el vocablo presuntuoso y el adjetivo ocioso (1946:132). A la crítica le otorgó dos funciones: objetividad y originalidad. El ensayo, género híbrido entre la ciencia y la literatura, fue su medio de expresión y su caldo de cultivo intelectual.

En cuanto a la teoría, en realidad, no tenía una específica. Se nutría del amplio campo de las humanidades y no descartaba literatura, filosofía, música, matemáticas, metafísica ni religión. Bien lo dice Luis Abellán: “no adhirió a ninguna escuela en particular y permaneció siempre abierto al fluir del pensamiento que se interrogaba al compás de los tiempos nuevos” (1998:546). Era un pensador de encrucijadas que trazaba puentes entre abismos conceptuales: lo singular y lo universal, ciencia y literatura, positivismo y pragmatismo, hostosianismo y antipositivismo, cultura elitista y cultura popular. Avelino advirtió en su crítica literaria una actitud filosófica permanente. Pero tampoco era un filósofo propiamente dicho o tradicional, sino más bien un investigador de lo problemático que se confecciona su propia indumentaria teórica (1946). He aquí otra clave de su permanente actualidad. Más que desarrollar contenidos o temas, buscaba probar un método y crear nuevas perspectivas. La impresionante diversidad temática de su obra produjo en Juan Isidro Jimenes Grullón la sensación de dispersión y anarquía. No obstante, este autor le reconoció que “una notable organización lo llevó a sistematizar cuanto tocaba” (1969:11). La obra no es temática, sino metódica. Por eso era capaz de crear síntesis de conceptos antinómicos como positivismo e idealismo, cultura nacional y cultura universal.

Positivismo e idealismo

Pedro Henríquez Ureña publicó en México su segunda obra titulada *Horas de Estudio* (1910) en la que trató temas de filosofía y literatura con un sentido crítico. Este libro impactó la vida intelectual en tres direcciones: introdujo nuevas corrientes filosóficas opuestas al positivismo, renovó el gusto literario y reintrodujo

las humanidades en el currículo académico (Krause 2000:16). Colocó en la balanza de su crítica objetiva e implacable –la crítica crítica- siete conferencias dictadas por Alfonso Caso en la rancia escuela positivista, tres dedicadas a Augusto Comte y cuatro a John Stuart Mill, Herbert Spencer y otros autores. Quebró ligaduras donde se percibían caminos evidentes. Es un cínico-escéptico al estilo de Diógenes de Sinope y de Pirrón de Elis o un cartesiano radical de la duda metódica que cuestiona lo que la gente considera obvio. En la relación entre positivismo, pragmatismo y pluralismo examinó sus contradicciones y coincidencias, sus límites y alcances. Juzgó la época y las ideas dominantes en las instituciones escolares, pero también su propio pensamiento y subjetividad. Tomó distancia y se contempló en su propio espejo. ¿No llama a Alfonso Caso “joven”, de 25 años, cuando él tenía en 1909 exactamente esa misma edad? ¿No era su propio dilema cuando le advirtió estar en una situación de cambio, seguir nuevos métodos y rumbos o detenerse y dejarse vencer por la inercia? (2001:71).

Hacia las dos primeras décadas del siglo XX, el positivismo era doctrina de escaso interés en Europa, pero no en América. A pesar de todos sus aportes educativos, en México se asociaba al pensamiento conservador y a la dictadura de Porfirio Díaz. Antonio Caso expuso un juicio superior al de los sectarios positivistas y sus enemigos católicos, pero su crítica fue parcial y sin novedad. Don Pedro le criticó cierto afán contemporizador porque, aún conociendo las limitaciones de Comte, prefirió obviarlas y ceñirse a la rutina de ver al positivismo como “monumento dogmático difícil de tocar” y la culminación de la filosofía moderna. Así, la posición de Comte en la historia de la filosofía resultó invertida: lo que es simple derivación y ramificación, apareció como punto máximo de un desarrollo y como renovación crítica (2001:53-64).

El problema no era la defensa de Comte. Pedro Henríquez Ureña le reconoció a éste como genial vulgarizador, demócrata de la razón y precursor de los métodos científicos y de la reforma curricular de la educación moderna. Sin embargo, no era un filósofo que ameritara adhesiones ciegas. Fue más sociólogo que filósofo y le

interesaba más la organización de la sociedad que la filosofía. Comte fue crítico de la metafísica, pero sólo de su versión escolástica; no la descartó por completo o, por lo menos, la colocó frente a doctrinas adversas de manera ambigua. Sintetizó lo práctico, lo concreto, lo particular, lo múltiple y lo plural. Utilidad y realidad son dos conceptos que resumen el positivismo. Comte postula con el criticismo la limitación del espíritu humano, incapaz de conocer las causas primeras y finales. Le basta, según Hoffding, que el conocimiento sirva para orientar la práctica. No aporta criterio de la verdad y el método no se aprende sino en la práctica. Sin embargo, desdeña el sujeto, suprime la psicología y la conciencia no ocupa lugar alguno en su sistema. He aquí el meollo de la crítica de Henríquez Ureña a Alfonso Caso: el positivismo de Comte es dogmatismo sin crítica y un dogmatismo científico que tolera la libertad de la fe tan escasamente como la toleraba la teología en la Edad Media (2001:58-59). Peor aún: el positivismo a ultranza se fundamenta en la metafísica idealista que tanto critica.

Descartado el positivismo comtiano por su dogmatismo unilateral, Pedro Henríquez Ureña señaló aciertos a Alfonso Caso cuando trató el *positivismo independiente*. Lo que había construido quedó socavado en sus cimientos. Si el positivismo tiene algo de vitalidad es gracias a los aportes de John Stuart Mill, un autor al parecer en las antípodas del positivismo por su idealismo kantiano. El criterio del positivismo es el *experencialismo*, con el cual Mill estudia el problema del conocimiento desde el punto de vista lógico (2001:64).

Mientras el positivismo realista de Comte se hacía menos crítico y lo sustentaba una multitud intolerante ávida de filosofía práctica, el *positivismo idealista* de Mill y Kant se extendía sin cesar. El positivismo científico se ancló definitivamente en el criterio idealista o conceptual. Partiendo de que “todo lo que conocemos de los objetos son las sensaciones que nos dan y el orden en que ocurren”, Mill se aferró a la indemostrabilidad del mundo exterior o a la única demostración efectiva de la existencia que es la intuición directa o interna. Si bien Comte era más pragmático que Mill, no fue de aquel que William James tomó el pragmatismo. Mill colocó el

conocimiento en el contexto del escepticismo y suscitó en James la necesidad de justificar el conocimiento dándole valor de acción y no de realidad. La conclusión paradójica de Henríquez Ureña es que el pragmatismo es hijo del idealismo crítico, no del positivismo (2001:66-68). Es preciso recordar que la obra de James, publicada en 1907, la dedicó a John Stuart Mill.

Ahora bien: se puede mal que bien aceptar la vinculación entre pragmatismo e idealismo, pero ¿Qué relación tiene el pragmatismo con Federico Nietzsche si William James, el gran educador norteamericano, no fue seguidor de éste? Ninguna. Lo que los une es la forma aforística como Nietzsche escribió su filosofía que permite múltiples y ambiguas interpretaciones, así como el mundo en crisis de los siglos XIX y comienzos del XX. Para don Pedro, la *filosofía de la contingencia* de Mill posibilita nuevos comienzos y procesos. La concepción del universo como esencia irracional, discordante o contingente en su manifestación, insinuada por Kant, Nietzsche y Boutroux, descubrió en la realidad elementos de discontinuidad, inexplicable para la razón y rebelde al rígido dogma de la ley. Cada hecho irreductible supone una contingencia. Aunque es una tesis opuesta al positivismo, Pedro Henríquez Ureña consideró que esta concepción tenía parentesco, aunque con contradicciones, con la idea de las discontinuidades de Comte (2001:69).

Don Pedro desdeñó el positivismo, pero no el pragmatismo. Este surgió como respuesta ante el complejo y confuso panorama filosófico de su época. El pragmatismo, considerado despectivamente como una escuela norteamericana anti-intelectualista, pero al mismo tiempo humanista y pluralista, constituye una nueva forma de plantear los problemas filosóficos. Aunque, según James, existía en muchas filosofías anteriores, tocó a Nietzsche agitar el nuevo movimiento al criticar el intelectualismo y el positivismo y declarar la guerra a los clásicos valores intelectuales y morales (2001:73).

La posibilidad de múltiples interpretaciones de la realidad es el principio pragmático y nietzscheano que sedujo a Pedro Henríquez Ureña. El *método*

pragmático evita disputas metafísicas e interpreta conceptos y nociones señalando sus consecuencias prácticas. Charles S. Peirce, precursor de la semiótica, había planteado desde 1878 que las creencias son reglas de acción y que una idea se conoce por la conducta que produce. Dicho método reemplaza los viejos métodos intelectualistas, escolásticos o bizantinos. El ser humano vive una condición pragmática como lo planteó el sofista Protágoras: el hombre es la medida de todo. Las teorías son instrumentos, no respuestas a enigmas. La ciencia es una lengua bien hecha, un método que busca control y consecuencias (2001:74).

A pesar de la aversión del pragmatismo por la teoría, Pedro Henríquez Ureña advirtió que no es sólo un método, sino también una teoría alternativa de la verdad. Para un intelectualista o un dogmático, la verdad es una relación estática inerte. El pragmático al preguntarse si una idea es verdadera la confronta con la realidad. No es un valor absoluto, fijo e invariable, sino que implica verificación. No es un fin, sino un medio que lleva a otros fines. En torno a la realidad se enuncian explicaciones y cada una contiene elementos de verdad. El pluralismo del conocimiento, según Nietzsche, no excluye el error o la falsedad. Para W. James la verdad puede ser ambigua, y para Nietzsche la lógica es ilógica al considerar que cosas parecidas son iguales, sin que exista una cosa igual a otra. La conclusión nietzscheana de que el mundo es susceptible de infinitas interpretaciones, ubicada en una perspectiva pragmática y en las antípodas del positivismo, constituye un criterio básico con el cual Pedro Henríquez Ureña construye su obra crítica (2001:75-78).

El análisis de las conferencias de Caso le permitieron a don Pedro definir su concepto de crítica: homenaje que no corta las alas al libre examen (2001:63). Le reconoció al autor –quizás refiriéndose a sí mismo- la virtud de afrontar los problemas con criterio independiente al declararse intelectualista, metafísico e idealista en cuanto al problema del conocimiento ante la inminente invasión del pragmatismo y tendencias afines. Fue valiente al defender los derechos de la

metafísica –y de la libertad filosófica y el pluralismo de las ideas- en los muros de la vieja escuela positivista (2001:71-72).

Pedro Henríquez Ureña, según Andrés Avelino se opuso al positivismo y a todo movimiento que pretendía reducir la filosofía a la ciencia y limitar el conocimiento a los datos sensibles. De esta manera se adelantó a la época armado de las mejores dialécticas. Incluso, no tuvo reparos en reivindicar a la metafísica como antídoto ante el cientificismo que atenta contra la creatividad y la ontología pluralista. Para Avelino, fue platónico en tres formas: en el rechazo del positivismo, la devoción profunda de la cultura griega y en los valores que incluye religión, estética, así como en reconocer que lo verdadero y lo falso es parte en todo conocimiento (1946:91-111). Al defender valores sustentados consciente y subjetivamente, criticó la pretensión de la cultura moderna de erradicar las humanidades. Desechó todo pensamiento formado por una sola corriente filosófica y toda filosofía autosuficiente. Eso sí, sabía que no puede ser crítico sin filosofar o sin una cultura filosófica. De ahí la profundidad y justeza de sus admirables ensayos críticos. Analizó la literatura en el marco conceptual de la filosofía y la historia (Avelino 1946:94,110). En carta dirigida a Federico García Godoy a propósito de *Rufinito*, novela histórica publicada en 1908, sustentó una tesis fundamental sobre la complejidad de la historia dominicana. Autores que analizan nuestra historia en una perspectiva estática consideran que la dominicanidad surgió a partir del siglo XVII. Pedro Henríquez Ureña propuso un proceso tripartito que se inicia en 1821 con la Independencia Efímera, se consolida el 27 de Febrero de 1844 y se completa después del 1873 cuando se realiza el “proceso de intelección de la idea nacional”. Esta sola tesis permite repensar críticamente la historia dominicana desde sus inicios hasta la actualidad.

Aunque fue el positivista Eugenio María de Hostos (1839-1903) el pensador que más influyó en la obra de Pedro Henríquez Ureña, éste no dejó de criticar su cientificismo extremo y la erradicación de la poesía del currículo educativa, tal como lo hizo Platón en *La República*. Consideró a Hostos como uno de los espíritus

originales y profundos de su tiempo, siendo el primer autor en colocarlo en un pedestal universal como ejemplo del *superhombre* de Nietzsche. De él tomo su pasión por la verdad y la justicia, por la ciencia, la filosofía, el arte y la literatura. Hostos luchó por la independencia de Cuba y Puerto Rico y creó el sistema normal de enseñanza en Santo Domingo con el objetivo de educar a los maestros y al pueblo. Su sistema encontró oposición en los representantes de la antigua cultura, pero sobre todo, del poder político y social, entre el que se incluye la Iglesia. En 1955, el dictador Trujillo enterró los ideales y cimientos del sistema educativo hostosiano, mientras en 1985 los restos del maestro fueron depositados en el Panteón Nacional sin la presencia de ningún dignatario de la Iglesia Católica (De la Rosa 2006:19; Guerrero 2007:47).

Pedro Henríquez Ureña y Eugenio María Hostos recorren caminos convergentes. Hostos se marchó a Chile (1889-1898) donde fue declarado hijo adoptivo por sus aportes a la reforma educativa con la modernización de los planes de estudio y métodos de enseñanza. En el Perú protegió a los inmigrantes chinos y en Chile el derecho de las mujeres a la educación universitaria. En Argentina apoyó el ferrocarril Trasandino por lo que la primera locomotora que cruzó los Andes se llamó Hostos. Volvió a Santo Domingo en 1900 y en 1903, en medio de la anarquía política y sus discípulos enfrentados, murió de una extraña enfermedad diagnosticada por Henríquez Ureña como *asfixia moral*. ¿No fue por la misma causa por la que don Pedro abandonó el país para siempre en 1933, acusó al ambiente intelectual dominicano de infecundo y murió fuera de su patria prácticamente olvidado? (Avelino 1946:96). Fue por ética y práctica académica, no por filosofía, que Henríquez Ureña era hostosiano sin ser positivista.

Cultura nacional y cultura universal

La cultura, en su vertiente singular, nacional y universal, fue otra preocupación permanente de Pedro Henríquez Ureña. Se propuso buscar la expresión literaria y cultural de América definiendo las relaciones entre la identidad europea y la americana. El programa a desarrollar era complejo, sin fórmulas simples ni recetas.

Ya en su primera obra de 1905 recomendó a la poesía cubana abandonar los modelos españoles, cultivar el modernismo americano, desechar la tradición española exótica, acoger sin temor toda buena enseñanza de donde quiera que viniese y marchar acorde con el progreso artístico del mundo (en Rodríguez F. 1990: 4-12). Propuso vincular lo universal y lo local, lo que en los actuales términos se llama *glocal*, una mezcla de global y local. La ocupación militar norteamericana del país (1916-1924) ocurrió mientras realizaba su doctorado en la Universidad de Minnesota y ante una frase insidiosa de un periódico de que prefería vivir en los Estados Unidos en vez de su país intervenido, expresó un juicio que combina universalidad y singularidad: “soy bastante cosmopolita para gustar de todos los países, pero el mío, pobre e infortunado como es, es el mío” (Rodríguez Demorizi 1984:17).

La cultura nacional no puede excluir la cultura universal. Don Pedro observó en los países latinoamericanos respuestas cíclicas excluyentes de uno de los dos aspectos. Ante la cultura singular que demanda la independencia política, cada generación renueva el descontento y la promesa del cambio. Se critica a los europeizantes, imitadores de lo francés o de lo hispánico. El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica. Cada pueblo aguza teorías nacionalistas justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica, una rebelión ideal. La expresión genuina descarta una solución dicotómica. Según Pedro Henríquez Ureña: “No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí. Cada idioma es una cristalización de modos de pensar y de sentir y cuanto en él se escribe se baña en el color de su cristal. Nuestra expresión necesitará doble vigor para imponer su tonalidad sobre el rojo y el gualda” (2001: 136-139).

El maestro rechazó de manera radical –en el sentido etimológico de ir a la raíz– toda fórmula exclusivista de indigenismo, criollismo y europeísmo. Todo aislamiento es ilusorio. De hecho América está en la tradición de la Romania, una

unidad colectiva de cultura que no afecta la originalidad, sino a la forma, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa. No importa la envoltura exterior, el contenido lo define la energía interna. Puso el ejemplo de Japón donde las máquinas y el progreso material no ahogaron la identidad cultural. Cada pueblo se expresa con plenitud dentro de la comunidad universal. El idioma obliga a acendrar la nota expresiva, a buscar el acento inconfundible. El único camino posible, el hilo conductor, es que no hay secreto para lograr la expresión sino el trabajo constante, el esfuerzo en hacerla pura, bajando hasta la raíz de las cosas que queremos decir. Buscar la perfección es la única norma. Por este concepto hay que entender la renovación y revisión constantes. Como decía Borges, no existe el estilo, sino la corrección. Cada obra de arte crea medios propios de expresión aprovechando expresiones anteriores, pero las rehace, porque no es una suma, sino una síntesis, una invención. Una frase del maestro que aún sirve de orientación para el desarrollo social, económico, educativo y cultural de país es que si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Lo importante es trabajar para ser universales con carácter propio (2001:148-151; Nolasco 1946:134).

Don Pedro consideró que cada generación debe crear sus propios criterios y valores para enjuiciar la cultura o la literatura. Los norteamericanos y latinoamericanos escriben mal porque los lectores no les exigen que escriban bien. Gustaba de W. Whitman cuando decía que “para que hayan grandes poetas ha de haber grandes auditorios”. Para Junot Díaz, actual escritor dominicano con reconocimiento internacional, el problema de la educación y la cultura no reside en los autores o actores ni en las instituciones, sino en la necesidad imperiosa de crear el público o el auditorio. De todas maneras, no existen pensadores sin auditorios públicos críticos. El requisito previo para la expresión genuina es el dominio del lenguaje escrito; profesores y academias no pueden ser policías del idioma, sino investigadores objetivos del habla (Avelino 1946:116). Si bien no se ha podido desmontar el “supuesto andalucismo de América” como él quería, se mantiene vigente considerar las influencias de *las Españas*, no la exclusivamente andaluza,

así como la particularidad del español de América, muy especialmente el de Santo Domingo, el primer centro de americanización de dicha lengua. Según Flérida de Nolasco, escuchaba con agrado, sin la repugnancia congénita de los puristas, el lenguaje coloquial con sus modismos y atrevimientos. Aconsejaba: “si así se dice aquí, lo puedes escribir”. Con el lenguaje popular llamado impropio, escribió el Arcipreste su *Libro del Buen Amor*. Le gustaba la expresión sencilla y desaliñada del pueblo (1946:127-129).

Para Henríquez Ureña el ideal de cultura y educación es importante, pero no más que el de justicia. Esto es lo que distingue a Pedro Henríquez Ureña como humanista de otros educadores y pensadores de América Latina. La justicia social es la antesala del desarrollo social y cultural. Según José Rodríguez Feo, para don Pedro la cultura no es mera abstracción: está íntimamente ligada a nuestras ansias de una sociedad más justa y libre. El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura. Prefería un hombre apasionado por la justicia a otro interesado en su propia perfección intelectual. Su trabajo junto a Vasconcelos lo convirtió en precursor de los cambios educativos en el México revolucionario. Decía que mientras en nuestros países sólo se desarrollara la explotación del hombre por el hombre, jamás podrían florecer el arte y la cultura. Tenía animadversión por la literatura que no contribuyera a la educación ética. Ante la influencia de Borges, a quien reconoció genialidad literaria sin igual, recomendó parsimonia y cuidado: “!Es tan caprichoso, tan arbitrario en sus juicios! Con eso ha hecho mucho daño en su generación, a la cual autorizó a ser ignorante, siendo él todo lo contrario. El resultado es que su generación se inutilizó...Borges tiene aberraciones terribles: detesta a Francia y a España; todo lo inglés le parece bien; mucho de lo yanqui; no le gusta Grecia...En literatura, a Borges sólo le interesa el mecanismo...el contenido humano le es indiferente...En resumen: nada humano le atrae. Como idioma...es estupendo; no se equivoca nunca...como estilo, es muy personal; pero es un modelo muy peligroso, porque sólo tiene un tono y no una serie de tonos” (Rodríguez F. 1990:XVIII-XXIII).

Una idea matriz de Pedro Henríquez Ureña es la unidad de la cultura indo-hispano-americana. ¿Rechazaba el aporte afro-americano? Si bien no lo afirma, tampoco parece negarlo al hablar de la relación entre música y cultura: “el hombre de países donde prevalece el espíritu criollo es dueño de preciosos materiales, aunque no estrictamente autóctonos; música traída de Europa o de África, pero impregnada del sabor de las nuevas tierras, y de la nueva vida, que se filtra en el ritmo y dibujo melódico” (en Rodríguez F. 1990:137-138). Esta tesis la reafirmó en su ensayo de 1929 sobre *Música Popular de América*: “creación autóctona, combinaciones variables de influencias indígenas, España, África” (1979:150). Difícil que en aquella época el maestro pudiera identificar con métodos etnomusicológicos células rítmicas africanas o afroamericanas en la música dominicana. Por eso afirma que “de los ritmos africanos que viven en Cuba que se extienden a Yucatán y Veracruz, sólo con un “tal vez” pueden encontrarse en Santo Domingo” (Nolasco 1946:131). Cuando era Superintendente de Enseñanza entre 1931-1933 realizó una presentación de música folklórica en el Parque Colón como prueba de la riqueza cultural del país. El antihaitianismo no es prejuicio predominante en la obra de Pedro Henríquez Ureña, a diferencia de lo que ocurre en la intelectualidad que se desarrolló bajo la dictadura de Trujillo, quizá por vivir fuera del país y por haber conocido en varias ocasiones a Cabo Haitiano, Haití, junto con su padre. De todas maneras, en el momento en que se discutía el origen del merengue dominicano, recordó en 1929 que el *meringue* era la danza nacional en Haití.

Pedro Henríquez Ureña es el pensador humanista más dominicano e universal del país. Como bien afirmó doña Flérida de Nolasco, estudiar su vasta y generosa labor, comprenderlo, estimarlo y continuar sus ideales es el tributo más digno de su memoria: un tributo superior a las lágrimas, a las alabanzas y a los monumentos.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Abellán, J. & Barrenechea, A. (coord.). Pedro Henríquez Ureña. Ensayos. ALLCA XX/Fondo de Cultura Económica, México, 1998

Abellán, José Luis. La significación intelectual de Pedro Henríquez Ureña, en: Abellán, J. & Barrenechea, A. (coord.). Pedro Henríquez Ureña. Ensayos. ALLCA XX/Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p.544-562.

Avelino, Andrés. Pedro Henríquez Ureña. Anales de la Universidad de Santo Domingo, Vol. X, No. 37-38, Ciudad Trujillo, 1946, p.89-119.

Borges, Jorge Luis. Pedro Henríquez Ureña. Prólogo. p. VI-X, en: Henríquez Ureña, Pedro. Obra crítica. Edición Emma Susana Speratti, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, 2001.

De la Rosa, Jesús. De Eugenio María de Hostos en adelante. Revista de la Facultad de Humanidades No.1, UASD, Santo Domingo, octubre 2006, p.7-19.

Febres, Laura. Pedro Henríquez Ureña. Crítico de América, p.1-8. <http://www.ensayistas.org/filosofos/r-dominicana/phu/cap2.htm>.

Guerrero, José G. Hostos en Clío: Apuntes para el estudio de la historiografía en Santo Domingo, en: Eugenio María de Hostos (1839-1903) en el 168 aniversario de su nacimiento. Editora Búho, Santo Domingo, 2007, p. 45-78.

Henríquez Ureña, Pedro. Obra crítica. Edición Emma Susana Speratti, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, 2001.

---. Música popular de América. Obras completas (1926-1934). UNPHU, Santo Domingo, 1979, p.147-193.

Henríquez Ureña, Sonia. Pedro Henríquez Ureña. Apuntes para su biografía. FCE, México, 1993.

Jimenes Grullón, Juan I. Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito y otro ensayo. Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, 1969.

Krause, Enrique. Pedro Henríquez Ureña. CONACULTA, México, 2000.

Mateo, Andrés L. Pedro Henríquez Ureña. Vida, errancia y creación. Isla Abierta, 26-mayo-2008, p.22-24.

Nolasco, Flérida de. Pedro Henríquez Ureña, filólogo y folklorista. Anales de la Universidad de Santo Domingo, Vol. X, No. 37-38, Ciudad Trujillo, 1946, p.120-134.

Rodríguez Demorizi, Emilio. Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña. Editora Taller, Santo Domingo, 1984.

Rodríguez Feo, José. Selección y prólogo, en: Ensayos. Pedro Henríquez Ureña. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1990, p. I-XXV.

Troncoso Sánchez, Pedro. Pedro Henríquez Ureña: 1884-1946. En Anales, Universidad de Santo Domingo, Vol. X, No. 37-38, Ciudad Trujillo, 1946, p.17-21.